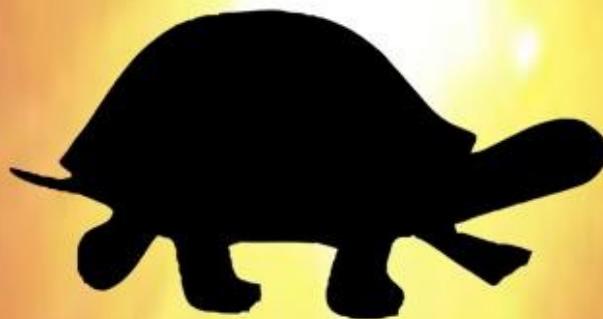


CARMEN SAINT OMER

EL HOMBRE QUE SUBIO A
LA MONTAÑA

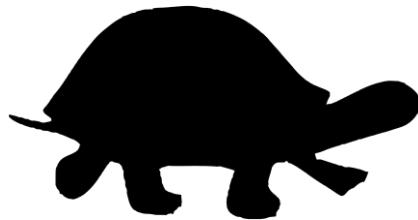
GRACIAS A UNA TORTUGA
Y SE HIZO MILLONARIO



CARMEN SAINT OMER

**EL HOMBRE QUE SUBIO A
LA MONTAÑA**

**GRACIAS A UNA TORTUGA
Y SE HIZO MILLONARIO**



Copyright©Carmen Saint Omer 2018. Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, electrónica, mecánica, fotocopiada, gravada, escaneada o cualquier otra forma excepto con el permiso de la autora. Que debe solicitarse previamente a la siguiente dirección.missmanguecoaching@gmail.com

Erase una vez: tres mendigos que pernoctaban al pie de una montaña. Les llamaremos 1, 2, 3. A los que, de vez en cuando un alma caritativa les lanzaba unas monedas o daba un bocadillo para aliviar su desgraciada vida. Los tres hombres que llevaban tiempo viviendo aquella miserable vida. Nuca emitían juicio ninguno sobre las muchas personas que pasaban sin darles ni siguiera un céntimo de euro. Y mucho menos se atrevían a soñar con tener la vida que gozaban, aquellos hombres y mujeres que bajaban a la falta de la montaña para hacer caridad entre los más desfavorecidos del lugar. O simplemente para ganarse el cielo a base de diezmos y bocadillos reconfortándose a sí mismos con el sonido de las monedas que caían sobre los platos metálicos de aquellos tres desheredados. No era, que no tuvieran preguntas sobre porque no vivían en lo alto de la montaña. Porqué las tenían. Lo que sucedía es que habían asumido su condición de desheredados de la tierra. Al fin y al cabo alguien tenía que vivir a los pies de la montaña al igual otros tenían que vivir en lo alto de la montaña. Los que vivían abajo miraban con esperanza a los que vivían arriaba, mientras los que vivían en lo alto añoraban la tranquilidad de aquellos que ellos pensaban que no tenían preocupación ninguna. Después de todo: no tenían, dinero, ni propiedades y tampoco familias por las que preocuparse. “¿Que podía quitarles el sueño? Y además tenían la suerte de que siempre había alguien que les daba de comer o limosna mientras permanecían tumbados al abrigo de la montaña” pensaban los señores de lo alto de la montaña a los que los de la falda llamaban los picos altos.

Por esa razón los tres mendigos, pensaban que si Dios, Buda, Ala, el Universo o la suerte habían repartido los papeles de esa forma, ¿quiénes eran ellos para cuestionar las leyes del destino y del hombre?

Solo de vez en cuando, uno de ellos se atrevía a levantar la cara de su plato de limosnas y preguntar a uno de sus bienhechores: ¿cómo se vive arriba en la montaña? Porque ellos también querían subir y disfrutar de la bonanza. Entonces alguno de los hombres o mujeres de buen ver les respondía que: “la vida arriaba en la montaña era miserable, dura y sin sentido. Además nadie entendería que hacían allí. Porque ellos, vivían mejor que los hombres en alto de la montaña. Lo que despertarían recelo por su forma de vestir, caminar, hablar, incluso pensar. Además como iban a vivir en lo alto sin dinero, cuando él lo alto de la montaña todo el mundo peleaba por él. Era mejor que siguieran pernoctando en la falda de la montaña. Donde la vida era facial, sencilla y no tenían que preocuparse. Además alguien siempre les lanzaba una moneda.

Claro que, si querían subir allí arriba, allá ellos. Aunque no le importaría ayudarles. Pero subir a lo alto de la montaña era tan difícil. Qué para cuándo llegarán a la mitad. Estarían tan cansados que les sería muy difícil e imposible llegar a lo alto de esta. Y la verdad no merecía la pena que gastaran su energía, cuando lo tenían todo al pie de la montaña”

Una vez al mes esta era la conversación que alguno de los mendigos mantenía con aquellos que bajaban de la montaña, luciendo sus coches, trajes de lujo. Pero sobre todo, sus amplias sonrisas.

Pero como siempre después de finalizar la conversación: los mendigos se desanimaban y olvidaban lo hablado continuando con sus vidas de limosna y bocadillos al pie de la montaña. Hasta que llegaba otro fin de mes y los habitantes de lo alto de la montaña bajaban de nuevo a las faldas de esta. Como los tres hombres no sabían sus nombres les habían comenzado a llamar los picos altos.

Aquella rutina de subidas, bajadas, preguntas, repuestas se mantenía así año tras año. Era como las agujas del reloj moviéndose sobre sí mismo sin llegar nunca a ningún destino.

Un día, uno de los mendigos, estaba sentado en la falda de la montaña, cabizbajo mirando su cuenco de limosnas, cuando levantó la mirada y vio que algo se movía entre las hierbas que crecían al pie de la montaña. Se puso de pie mirando con detenimiento, a la espera de ver que era aquella cosa que se meneaba entre los hierbajos. Para su sorpresa resultó ser una pequeña tortuga alimentándose. Por un instante volvió a meter la cabeza en su cuenco” que me importa una diminuta tortuga” pensó. Pero la curiosidad le pudo. Así que fijo de nuevo la vista sobre aquel pequeño animal. Entonces se dio cuenta de que la tortuga ya no estaba al principio de la falta de la montaña donde la había visto unos minutos antes. Ahora estaba a un palmo del suelo.

“¿Cómo es posible?, se pregunta el hombre, si no es más que una pequeña tortuga. ¿Cómo ha podido avanzar un palmo hacia arriba? Aquella visión despertó algo en él, que hizo, que quisiera contar, lo sucedido a sus compañeros de miseria.

Así que a la mañana siguiente después de que volvieran con sus cuencos de limosna y sus respectivos bocadillos. Este les contó entusiasmado la hazaña que había visto realizar a la pequeña tortuga el día anterior. Pero sus dos compañeros, que ya estaban contando el dinero y comiendo sus bocadillos, se limitaron a mirarle como si hubiera perdido la cabeza.

—No sé, porque derrochas el tiempo, no es más que una pequeña tortuga. En cuanto la montaña empiece a empinarse un poco, caerá rodando del monte y se romperá en mil pedazos —dijo el mendigo 2.

—Si, 2 tienes toda la razón, subir a lo alto de la montaña es una tarea difícil. —confirmó 3 ¿Acaso, no has oído lo que dicen los viven en ella? Si ellos que conocen el camino de arriba abajo, se quejan de lo empinado, difícil e inesperado que es subir a la cima. ¿Como una insignificante tortuga va a lograr semejante hazaña? —, exclamo, muy enfadado el mendigo 3 por haberle hecho perder la contabilidad de sus monedas—. Vaya tengo que empezar otra vez, gracias a tus tonterías — dijo irritado 3.

—Pero os aseguro, que ayer vi a una tortuga, subir un palmo hacia arriaba —dijo 1

—Y ¿qué es un palmo?, si me hubieras dicho que dos metros, a lo mejor te presto atención. Será mejor que dejes de ver cosas extrañas, y tener pensamientos que no te llevan a ninguna parte. Lo mejor es que limpies tu cuenco y te prepares para salir mañana. Tenemos que buscar un buen lugar —dijo 3

—Desde luego que sí, —dijo 2—. Hay que buscar un sitio mejor y ensayar nuestro llanto de pena. Ya casi no surge efecto entre los que bajan de la parte derecha de la montaña. Así que déjate de tonterías, y de tortugas. Mañana ya verás cuando nos levantemos como estará rota en pedazos—. Sentencio 2.

Después de esta conversación, el mendigo 1 se puso a limpiar su cuenco de limosna, y se unió al coro de lamentos para afinarlo. Cuando todos se pusieron de acuerdo, en que el canto sonaba realmente miserable. Se fueron a dormir. A la espera de que a la mañana siguiente tuvieran un buen día y pudieran llenar sus estómagos y platos de limosna.

Aquella noche, a pesar de todas las razones que le habían dado sus amigos. 1 Estaba inquieto. Había algo que le ronroneaba en la cabeza, un pensamiento que se repetía una vez y otra vez:

“¿Y si la tortuga no parece rota en pedazos? ¿Y si resulta que cuando la vea ya está a tres palmos de la falda de la montaña?”

“No” Se decía así mismo. “Mis compañeros tiene razón, una pequeña tortuga no puede lograr semejante hazaña. Subir un palmo de la montaña ha sido una cuestión de suerte”

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, se levantó temprano y se puso a buscar a la tortuga, pero por mucho que la buscó no la encontró. Pero tampoco pudo encontrar los pedazos de la concha.

“Se habrá caído rodando al otro lado de la montaña y estará rota en mil pedazos” pensó 1, buscando entre las hierbas. Por un instante tuvo ganas de rodear la montaña para ver si realmente la tortuga se había caído. Pero era mucho trabajo. Así que desistió y se fue al encuentro de sus amigos que ya habían tomado posiciones para recibir su limosna y bocadillos diarios.

Pero déjenme que les diga que si1 hubiera dado la vuelta a montaña: hubiese visto que la tortuga ya llevaba subidos cinco palmos de la montaña. Pero 1 estaba demasiado pendiente de lo que decían sus compañeros. Para tener una opinión propia sobre lo que debía hacer. Además se había acostumbrado a la vida de limosna y pan diario.

El reloj seguía dando vueltas, como los días de los tres hombres que seguían sin ir a ninguna parte. Ya había pasado un mes: cuando en una noche de luna llena y cielo estrelladlo. El mendigo 1 se levanto a contemplar las estrellas. Cuál fue su sorpresa, que al girar su cabeza para ver a la osa mayor, la luz de la luna iluminó a la pequeña tortuga que ya no era tan pequeña. Cuando vio por primera vez el animal, este medía dos pulgadas. Ahora tenía el tamaño de un puño. Y no solo eso sino que había subido tres metros. Se la veía más fuerte y segura de sí misma que la primera vez que la descubrió, cuando apenas sobresalía de entre las yerbas.

1 Se quedó asombrado, no podía creerlo, todo este tiempo mientras él se sentaba en el mismo sitio, comía lo mismo, cantaba el mismo canto, hablaba de las mismas cosas y esperaba que los que bajaban de arriba se apiadarán de él y le soltaran alguna limosna. La pequeña tortuga, no solo había crecido, ganado fortaleza, seguridad, agilidad y destreza. Pero sobre todo ya conocía el camino tan bien que ya no pisaba piedras ni nada que le hiciera perder el equilibrio y caer hacia la falda de montaña. Esto era algo que tenía que contar a sus amigos. Esta vez le creerían, no le tomarían por loco. Si era necesario. Les arrastraría hasta donde había visto la tortuga, para que ellos mismos fueran testigos de la hazaña de este pequeño galápago. Animado despertó a 2 y 3. Estos se levantaron de mala gana, reprochándole que les quitara horas de sueño. Cuando sabía muy bien que tenían que limpiar su platos de limosna temprano y mejorar su cántico, ya que con el frío sus gargantas se resentían. Y para colmo ahora había más mendigos en su puesto de pedir. Porque se había corrido la voz de que era un buen lugar. Debido a que los que bajaban de lo alto de

la montaña de esa parte traían más niños y estos eran más ambles. Siempre pedían a sus padres que les dieran más monedas o más bocadillo incluso alguna prenda de vestir. “Si, aquel era un buen lugar, no podían llegar tarde por observar una estúpida tortuga” Pensó 1 arrepentido de haber despertado a sus amigos por semejante tontería. Pero en seguida alejó aquel pensamiento de mente centrándose en lo que la tortuga había conseguido. Que era escalar tres metros de la montaña, crecido en tamaño obteniendo un aspecto excelente.

Tenía que convencer a sus amigos. Así que les expuso con cuidado las hazañas de la tortuga, intentando no exagerar los hechos sino contarlos, tal como los había vivido.

Pero estos como siempre le contestaron con evasivas.

— ¿Sigues con esa historia de la tortuga? —preguntó 3 —. La verdad no se qué te ha dado con ese animal, y subir a la montaña — ¿Acaso no vivimos bien aquí? Sin trabajar, comiendo buenos manjares, sin tener que prepararlos ni comprarlos. ¿Acaso no llevamos buena ropa?, ¿alguna vez ha tenido que aguantar las colas en esos infernales lugares, donde la gente espera horas y horas para comprar un par de calcetines? Eso si es duro.

—Anda vuélvete a dormir, mañana será un largo día—. Ordenó 2 a 1.

Pero, 1 no pudo volver a dormir, se quedó, observando aquella enigmática tortuga. Y mentalmente preguntó al animal:

— ¿Porqué,quieres subir a lo alto de la montaña? Si tienes todo lo que necesitas en la falda de la montaña —pregunto 3

Como si la tortuga le hubiera oído: esta se giró, movió la cabeza arriba y abajo como si esperara a que el hombre la siguiera. Pero el mendigo se limitó a mirarle extrañado sin entender lo que el animal quería decir. Puesto que 1 no hablaba tortuga.

Pero si hubiera podido entender lo que la tortuga decía. Hubiera comprendido que para la tortuga tomar la decisión de subir a la montaña, no había sido nada fácil y menos viniendo del otro lado de océano. Había recorrido un largo camino lleno de peligros, para un

animal tan pequeño como era cuando salió del huevo que depositó su madre en la arena. Luego de recorrer esa larga distancia se había encontrado que había una enorme montaña separándola de su destino: que era subir a lo alto de la montaña. Pero sabía que no podía quedarse en la falda de aquella montaña, por muy fácil que fuera aquella decisión. Porque en la falda de la montaña al igual que en la playa, le podían comer pisar. Si bien sabía que al subir la montaña podía caer de ella y romperse en mil pedazos, decidió subir. Y a pesar de que ahora era más fuerte, estaba más segura de su camino aún quedaba la posibilidad de caer rodando hacia abajo o que se la llevara una ave rapaz. Pero ya había empezado el camino y asumía todos los riesgos que ese camino le trajera. Porque su fin estaba claro llegar a lo alto de la montaña donde había un lago que comunicaba con el mar para encontrar pareja y dejar los huevos en la playa como habían hecho sus padres. Así que subir a la montaña no era tan duro si recordaba porque estaba allí, lo que iba a ganar y aprender en el camino mientras subía.

Pero, todo eso, el hombre no podía saberlo porque no entendía tortuga. Solo pudo ver a un animal retorciendo su cuello, moviéndolo arriba y abajo. Repetidamente.

Cuando amanecieron sus compañeros le encontraron de pie ante la montaña, mirando hacia arriba pensativo. Pero la tortuga hacía rato que se había marchado, así que no pudieron verla. El hombre se vistió, cogió su plato de limosna, después calentó su voz junto a sus compañeros como siempre. Y como de costumbre se puso en el mismo lugar, en la misma posición esperando a la misma gente y escuchando la misma respuesta. Subir arriba era difícil, no era para gente como él, no encajaría. Abajo estaba mejor. Pero cada vez, las respuestas le sonaban menos reales y más automáticas. De vez en cuando, se veía acompañando a la tortuga en su gran aventura. Pero luego la voz de uno de sus compañeros o el ruido de la calderilla al caer en su plato metálico, le hacía volver a la realidad. Sacándole de la aventura con la tortuga.

Mientras una señora exclamaba en voz alta gritaba— Hay que ser caritativos con los más desfavorecidos— mientras le miraba compasiva.

Los días pasaban y el reloj seguía girando como un círculo imparable, repetitivo, como el giro de una peonza eterna.

Sin embargo, 1 ya no dormía, por las noches. Cuando el sueño vencía a sus compañeros. Este buscaba a la tortuga entre las yerbas, prestando atención en cualquier lugar de la montaña donde veía moverse un bulto. A veces, la veía enseguida otras veces tardaba minutos, horas en encontrarla. Cuando lo hacia se sentía no solo aliviada, también impresionado por la distancia que había recorrido, y feliz porque proseguía con su camino sana y a salvo. “Nada le había pasado “que alegría se decía así mismo y levantaba la mano para saludar a aquel noble y valiente animal en voz baja, evitando que sus compañeros le oyieran.

—Le saludaba diciendo —: buen viaje, amiga tortuga. Cuando llegues arriba mándame noticias de cómo se vive allá en lo alto de la montaña.

La tortuga como si le entendiera movía el cuello de arriba abajo varias veces y luego proseguía con su camino.

Pero nuestro amigo seguía sin entender a la tortuga y su extraño movimiento de cuello.

Porque si lo hubiera entendido habría sabido, que lo que la tortuga le decía, era: “que la noche era cálida y hermosa para subir la montaña. Que si quería podía indicarle con el cuello donde poner los pies para escalar mejor y no caerse. Porque ella sabía que podía hacerlo podía subir la montaña. Solo tenía que dar el primer paso”

Pero nuestro hombre 1, no podía entender los gestos de la tortuga. Para el esos movimientos de cuello eran la forma en la que la tortuga digería la comida. O quizás se hubiera atragantado con algo.

Lo que si le asombro es que la tortuga había recorrido los 500 metros, ya había dejado atrás las pulgadas, las palmadas y recorrido una gran distancia.

Si has disfrutado leyendo este libro y quieres aprender más, sobre como auto motivarte y adquirir nuevas herramientas funcionales que te ayuden a mejorar tu vida. Puedes hacerlo leyendo mi libro **“Libera tu mente”** Un diario de autorreflexión en donde encontraras textos y ejercicios para hacer en casa. También dispones de un pagina online: (lifemotivationlivecoaching.com) Con diferentes contenidos y consejos. Que si los pones en práctica te ayudaran a alcanzar tus objetivos o simplemente ser feliz.

Por favor después de finalizar este libro o cualquier otro de la autora, deja una reseña.

Las reseñas ayudan al éxito del libro. Y a que los lectores se hagan una idea sobre el contenido del libro.

Otras publicaciones: Amazon, google play, paperback

Libera tu mente: diario de autorreflexion

La inspectora Carter: un largo verano de sudor y muerte

La última frígida

El amo de la plantación

Relatos de una sombra sobre el puente de Brooklyn